

DOS FRAGMENTOS DE *MIENTRAS CENAN CON NOSOTROS LOS AMIGOS*

Y a mí no sé qué impulso, al verlo, me ha llevado a prolongar la velada contándole una historia tuya, Marta. Una historia de otra fidelidad a otro objeto del recuerdo: la historia de tu reloj.

La historia de ese reloj de varón que llevas siempre en la muñeca izquierda; un Duward viejo con rubíes en los ejes, antiguo, de aquellos que anunciaban por la radio. El reloj que un día te regaló César Cayo y que te dura porque le prometiste que ya no llevarías otro – cuando os queríais.

Le he dicho que nunca lo abandonas. Y que cada verano, puntualmente, te lo quitas y lees las *Flores del Mal*, un libro de poemas que también te dejó César Cayo cuando le dijiste que se fuera de tu lado, un día de julio.

Era el séptimo de siete hermanos, César Cayo, en una familia de campesinos. El hermano mayor y dos hembras se quedaron en el pueblo; el hermano cuarto tuvo que buscar trabajo lejos de la casa paterna, que no daba más; la quinta hermana se fue a servir, lejos; al hermano sexto lo hicieron fraile. Sólo César Cayo pudo estudiar.

El año en que terminó la enseñanza secundaria, el hermano cuarto, emigrante en el arrabal de Barcelona, halló por fin un buen trabajo: fundir campanas doce horas al día por treinta y dos pesetas.

Aquel sábado de fin de mes en que cobró su primer sueldo, feliz como un muchacho, invitó a vermouth con sifón y aceitunas a los compañeros; le pagó los atrasos a la mujer que le alquilaba la habitación; y, con lo que le quedaba, subió por la tarde a la ciudad para cumplir un sueño: comprar dos relojes con rubíes en los ejes de los que anunciaban por la radio.

El primero se lo dio al padre; el otro se lo regaló al hermano pequeño, porque con quince años acababa de concluir con bien el bachillerato.

El del padre se lo dejaron en la muñeca cuando lo enterraron.

El de César Cayo te lo dio un día a ti, cuando os queríais. Lo llevas siempre, en la mano izquierda. Y una vez me aseguraste que no quieres llevar otro ya en tu vida; porque es un símbolo.

"¿Del amor perdido de Cayo?" –te pregunté.

"No; del gesto del hermano cuarto, que no conozco".

(Págs. 30-32)

I

No recuerdo haber tenido nunca 6 años, pero me aseguraron que por aquel tiempo la naturaleza se había vuelto loca.

En abril llovió tanto que no se recordaba igual; a los perros les tomó el mal del agua y uno, loco, desesperado, estuvo tres días y tres noches dando vueltas sobre sí mismo tratando arrebatadamente de morderse la cola en la plaza del lugar.

Aquel año no vinieron las golondrinas, las grullas se desorientaron al cruzar el cielo del pueblo y regresaron al sur, los cerezos tardíos murieron a causa de las moscas eternas y hubo ya setas en agosto, pero crecieron locas y se envenenaron con ellas los jabalís machos.

Doscientos rayos se anotaron en las tormentas de septiembre; una mujer aseguraba que había visto volar la pájara loca entre las crines negras de los caballos en las nubes encabritadas. Algunas noches después una gaviota coja llegó del mar lejano y estuvo graznando lastimeramente hasta la hora del alba desde la veleta de Santa María la Mayor. Se dijo que huía de los puertos del Norte donde se había visto bogar en la niebla la temible barca de los locos que surca perpetuamente el piélagos.

Aquel año fue cuando Matías el sacristán se echó a anegarse en el pozo del agua salobre. Fue por las tormentas de septiembre, cuando muda el tiempo. El médico que le hizo la autopsia sobre una losa de piedra en el camino de los huertos dijo que tenía los sesos líquidos.

Después de él se colgó el viudo Crescencio, trabado el cuello en las perneras de su calzoncillo largo desde la rama del saúco bajo el que pasaba los viernes a lavar ropa de otros la mujer que lo rechazaba.

Y por la feria de octubre en la ciudad se arrebató Don Pedro. Por la mañana había comprado el caballo blanco más hermoso de todo el ferial. Venía al pueblo montándolo –dijeron– pero le dio el aire en el alma (porque tenía el corazón azul) y se desvió del camino. Y subiendo hasta el Peñascal de la Cueva vendó los ojos de la montura, picó espuelas y rodaron hasta el fondo oscuro del barranco caballo y caballero.

Y era que una mujer de manos rotas y cuatro hijas presumidas le sorbían la vida –dijeron las gentes.

Y el viudo Crescencio no podía vivir más al verse rechazado.

Y el sacristán Matías tenía los sesos líquidos.

Porque aquel año la naturaleza se había vuelto loca –me aseguraron; no puedo dar fe; yo no recuerdo haber tenido nunca seis años.

Pero Carlos se quitó de en medio porque le pareció mejor así. Sencillamente.

Porque quiso.

Y eso es cosa demasiado respetable.

II

Y aun con todo, de haber sabido su voluntad, yo le hubiera hablado a Carlos. Como mejor hubiera sabido, para darme a entender, pero le habría hablado.

Conocí a una pareja joven –le habría dicho–. Vivían en la pobrera (porque yo alcancé a ver el tiempo del hambre y las pobreras de posguerra, tú no). Y se gastaron en vino y en una cena el dinero que las gentes les dieron de limosna para enterrar al hijo. “Hay también que vivir” –respondieron a quienes se lo reprochaban.

A Don Esteban era su soledad de presbítero entrado en años lo que le hacía ardua la cuestarriba del existir. Y se rodeó de todos los gatos abandonados del lugar a los que mantenía constantemente emborrachados de pan con vino, igual que él mismo, en el huerto parroquial. “Pobres animales; debe de ser muy triste carecer de alma” –se justificaba, teólogo, frente al arcipreste, que se lo reconvenía.

Aquella mujer joven, despechada porque llegó a saber que su marido se le iba con otra, vino al taller del carpintero con el marco roto de la fotografía de boda para que se lo restaurara. “Mi vida carecía de sentido desde el momento en que lo supe; y, pensando en suicidarme, tiré la foto por la ventana. Pero luego caí en la cuenta de que el marco era caro”.

A un hombre conocí que estuvo treinta años excavando en la roca una casa de piedra para sí y los suyos. Al concluirla afirmó: “Hemos terminado la casa, empecemos ahora la sepultura”.

A una mujer conozco, en un pueblo del Pico, que siempre tuvo bar. Y continúa manteniéndolo abierto porque un anciano viene cada día a tomarse un café.

Y es que existe en cualquier tiempo un por qué para seguir viviendo. Eso le hubiera dicho a Carlos. (Págs. 205-208)